

**Colé, Michael, John Gay, Joseph A. Glick y Donald W. Sharp,**  
*The Cultural Context of Learning and Thinking.*  
New York: Basic Books, Inc., 1971, xviii + 304 pp.

Cuando la conducta de esas personas no parece razonable, es a nosotros, a nuestros procedimientos y a nuestras tareas experimentales a quienes debemos pedir una explicación.

En el estudio de culturas o subculturas ajenas a la del investigador, un postulado muy frecuente afirma que todo hombre, prescindiendo de las determinaciones concretas del medio físico-social, se desarrolla mediante los mismos procesos de conocimiento que ponen orden a su captación del mundo.

Globalmente, este postulado lleva al menos a dos posiciones prácticas: la primera posición considera que las llamadas "culturas primitivas" lo son porque no poseen aún la capacidad de emplear ciertos procesos que culturas más desarrolladas utilizan; su pensamiento es concreto e inmediato, por ejemplo, con incapacidad para pensar en posibilidades, para razonar hipotéticamente en un plano abstracto, todo lo cual es continuamente utilizado en culturas modernas. En esta posición, el postulado es interpretado como una potencia, un camino de desarrollo no alcanzado por todos.

La segunda posición afirma que todas las culturas usan de hecho los mismos procesos intelectuales, aunque cada una los aplica de manera peculiar en su contexto concreto. Las "culturas primitivas" desde este punto de vista se caracterizan no por la carencia de ciertas aptitudes intelectuales como la capacidad de abstraer o deducir hipotéticamente, sino por la forma específica y las situaciones en que estos procesos son utilizados. Dicho de otra manera, las diferencias cognoscitivas entre dos culturas podrían definirse por los diferentes conjuntos de estímulos que provocan los mismos procesos intelectuales.

La tarea para un investigador variará de acuerdo con la posición que adopte. Congruentemente con el primer punto de vista, dirigirá su estudio a descubrir cuáles de aquellos procesos que forman el acervo intelectual de una cultura "moderna" (y por lo regular occidental) no son utilizados por la cultura bajo investigación. El segundo punto de vista llevará al investigador a intentar descubrir ante qué estímulos, en qué circunstancias, los individuos de la cultura estudiada utilizan cada uno de dichos procesos.

Por otra parte, aquellos que sostienen la primera posición aceptan con frecuencia un nuevo postulado, con el cual se colocan a mayor distancia aún del segundo punto de vista: opinan que un mismo estímulo provoca (o debe provocar) una misma reacción. Es decir, suponen que si en una determinada cultura un evento lleva al individuo a realizar cierto proceso intelectual, en cualquier otra cultura un sujeto con la misma capacidad intelectual realizará ese mismo proceso ante un evento esencialmente igual. Por tanto, si un individuo no procede de esa forma, eso significa que no tiene la capacidad de hacerlo, eso indica que su nivel intelectual es distinto. Así, una prueba psicométrica, quizá con adaptaciones no sustanciales, deberá medir lo mismo prescindiendo de la cultura en que se aplique. Como resultado tenemos una gran cantidad de estudios comparativos entre culturas basados en experimentos y tests psicológicos diseñado y probado dentro de la "cultura moderna" de la cual sale el investigador.

La segunda posición rechaza radicalmente este seguro supuesto. Un mismo estímulo puede provocar reacciones intelectuales muy distintas, como es claro que provoca reacciones emocionales distintas según la cultura. Lo que para algunos pide obviamente un tratamiento deductivo, para otros puede, también obviamente, pedir uno empírico, lo cual no quiere decir que los primeros sujetos sean incapaces de trabajar empíricamente, ni que los segundos no puedan realizar inducción alguna.

Esta última es la posición tomada por los autores Cole y asociados. Estudiando la cultura de los Kpelle, gente de Liberia, encuentran circunstancias en las cuales los individuos de esa "cultura primitiva" realizan procesos intelectuales que ya se había "comprobado" no podían realizar. Esa "comprobación", claro, había sido hecha por medio de experimentación psicológica.

Por ejemplo, ya estaba visto que ante un problema sencillo de tipo científico los Kpelle adultos tendían a razonar concretamente, a manipular objetos y describir instancias, pero nunca a formular hipótesis y proceder a su verificación, como lo haría un adolescente de la cultura de los investigadores. Sin embargo, analizando la transcripción de una sesión del jurado de una tribu, Cole y asociados descubren que tanto el juez como los involucrados proceden a defender, acusar o inquirir con base en posibilidades y mediante formas netamente hipotético-educativas, hasta llegar a una sentencia justa en su cultura, que requirió la clarificación de las circunstancias posibles. ¿Por qué entonces no utilizaron esta capacidad cuando aquellos investigadores los invitaron a encontrar la ley de péndulo? El problema es de los investigadores, no de la gente Kpelle.

Pero Cole y colaboradores van más lejos. Pues no se trata de realizar únicamente análisis etnográficos hasta descubrir cuándo, en dónde y cómo una cultura emplea sus capacidades cognoscitivas. Por un lado, esto es demasiado tardado, costoso e inseguro; por otro, "la etnografía es incapaz de separar lo tradicional de lo razonado" (p. 217). El estudio antropológico de observación es incapaz, en la práctica, de delinear específicamente las características del uso de los procesos intelectuales de una cultura: su lente no es suficientemente fino.

Se necesita, entonces, experimentación para complementar las implicaciones de un análisis etnográfico. Pero Cole toma con reservas esta experimentación, no de la forma en que la utiliza la primera posición antes señalada. Tenemos, pues, la presentación fundamental del libro reseñado, la proposición de un método que utiliza tanto el estudio antropológico como el psicológico experimental para investigar el pensamiento típico de una cultura dada. Los autores llaman a este método Antropología Experimental, y lo caracterizan por los siguientes tres puntos básicos:

1) Primero se realiza un análisis etnográfico previo a la experimentación para identificar los tipos de actividades en los cuales la gente se involucra frecuentemente y para los cuales debe tener, por tanto, bastante habilidad.

2) Este estudio etnográfico sugiere el camino y la meta del trabajo experimental: hacer interaccionar a los sujetos con actividades significativas que promuevan el uso de ciertos procesos intelectuales. Si al final de la experimentación no se alcanza la meta propuesta, es decir, si no se logra determinar el grado y la forma específica de utilización de aquellas capacidades de conocimiento que parecían haberse observado etnográficamente, tanto la experimentación como el análisis etnográfico son cuestionados: o el experimento era culturalmente inapropiado o el estudio previo era erróneo. Se regresa entonces al primer paso. Es decir,

3) El trabajo experimental y el etnográfico deben interaccionar, de modo que cada intento proponga enfoques y niveles que la otra parte debe mantener.

Así, por seguir el ejemplo sobre el caso tratado en un juzgado, una vez encontrado el hecho de que en algunos juicios se utiliza un cierto nivel de razonamiento hipotético-deductivo, la experimentación que tienda a precisar la modalidad específica y el alcance de este tipo de capacidad o su desarrollo según la edad, sexo, escolaridad, etc., usaría estímulos de tipo social, no problemas tratados en la Física experimental. En caso de no encontrar resultados se regresaría a analizar más casos en el juzgado y a buscar otras instancias de uso de este razonamiento, para diseñar experimentos o poner en duda la primera conclusión sobre el uso de la capacidad estudiada.

El libro es el reporte de una "Exploración en Antropología Experimental". No representa un manual de investigación, sino un intento en una nueva línea ecléctica de interpretación de la realidad. Plantea cuestionamientos fuertes tanto del método etnográfico como del experimental tomados aisladamente, y señala un posible camino de conciliación, un enfoque que tiende menos a forzar la realidad ajena a caer en categorías familiares y más a dejar que esa realidad se revele en toda su potencialidad. Queda aún mucho camino por recorrer. La utopía es llegar a la comprensión y comunicación entre culturas, necesidades imprescindibles para pensar en actividades como ayuda, educación o impulso hacia el desarrollo integral.

**Jorge Martínez Sánchez**  
**Centro de Estudios Educativos**